

Rubén, el pintor más ilustre de México, estaba profundamente enamorado de su modelo Isabel, quien a su vez estaba unida sentimentalmente a un artista rival cuyo nombre no tiene importancia.

Isabel solía llamar a Rubén su pequeño “Churro”, que es una especie de pastelillo dulce y, además, un nombre popular entre los mexicanos para los cachorros. Rubén lo consideraba un nombre delicioso y solía comentar a sus visitas en el estudio: «Y ahora me llama Churro. ¡Ja, ja!». Cuando reía, temblaba dentro del chaleco, porque estaba engordando.

Entonces Isabel, que era alta y delgada, con largos y afilados dedos, desgarraba con las manos un ramillete de flores que Rubén le había llevado y esparcía sus pétalos o gritaba «¡Yah! ¡Yah!» con tono burlón y le hundía un poco la punta de la nariz con pintura. También la habían visto tirándole del pelo y de las orejas sin piedad.

La gente bien pensante recorría en peregrinación la estrecha y empedrada calle, evitaba cuidadosamente los charcos del patio y subía con estrépito las inseguras escaleras para echar una ojeada a tan grande, aunque sencillo, personaje. Entonces ella exclamaba: «¡Aquí vienen las bonitas ovejitas!». Le divertía la mirada asombrada de los visitantes ante su osadía.

Solía aburrirse, porque a veces tenía que pasar el día entero de pie, trenzándose y destrenzándose el pelo mientras Rubén hacía bocetos, y olvidaban comer hasta tarde, pero no había lugar al que ella pudiera ir hasta que su amante, el rival de Rubén, vendiera un cuadro, pues todo el mundo declaraba que Rubén mataría sin vacilar al hombre que siquiera intentara quitarle a Isabel. Así que Isabel se quedó, Rubén pintó dieciocho dibujos diferentes de ella para su mural y ella cocinó para él de vez en cuando, a veces peleaba con él, y sacaba su larga y roja lengua a los visitantes que no le gustaban. Rubén la adoraba.

Precisamente estaba empezando el dibujo número diecinueve de Isabel cuando su rival vendió un cuadro muy grande a un hombre rico cuyo decorador le había dicho que necesitaba un panel verde y naranja en una determinada pared de su nueva casa. Por una feliz coincidencia, aquel cuadro era prodigiosamente verde y naranja. El hombre rico le pagó un precio altísimo, pero lo hizo muy contento, explicaba, porque le hubiese costado seis veces más cubrir ese espacio con tapices. El rival también se alegró, aunque omitió explicar por qué. Al día siguiente Isabel y él se marcharon a Costa Rica, y ese es el final de su historia por lo que a nosotros respecta.

Rubén leyó la nota de despedida:

¡Pobrecito Churro! Es una pena que tu vida sea tan aburrida, y yo ya no pueda aguantarla. Me voy con alguien que nunca me permitirá cocinar para él, pero hará un mural con cincuenta figuras más, no solo veinte. También tendré zapatillas rojas y una vida alegre a más no poder.

Tu vieja amiga,

ISABEL

Cuando Rubén la leyó, sintió que se ahogaba. Le faltaba el aliento y agitaba muchísimo los brazos. Luego se bebió toda una botella de tequila, sin limón ni sal para suavizarla, se echó en el suelo con la cabeza en una paleta de pintura recién mezclada y lloró con vehemencia.

Después fue por completo otro hombre. No podía hablar de nada que no fuese Isabel, su rostro angélico, sus bonitas travesuras y costumbres: «Solía pintarme los tobillos de negro y azul», decía con cariño, mientras los ojos se le llenaban de lágrimas. Comía sin parar pastelillos crujientes de una bolsa próxima a su caballete. «¿Ven? —decía, mostrando uno antes de darle un mordisco—. Me llamaba Churro, como esto.»

Sus amigos, encantados cuando vieron que Isabel se había ido, decían entre ellos que había tenido suerte al perder de vista a aquel demonio enjuto. Se dedicaron a ayudarlo a olvidar, pero sin éxito. «No hay otra mujer como ella —decía, negando con la cabeza tercamente—. Cuando se fue, se llevó mi vida. No tengo ánimos ni siquiera para vengarme.» Y añadía: «Yo les digo que Isabel, mi pobre angelito, es una asesina, porque me ha roto el corazón».

A veces erraba ansiosamente por el estudio, dando puntapiés con sus zapatillas de fieltro a las pilas de dibujos que se amontonaban juntando polvo, o molía colores durante unos minutos, diciendo con voz dolorida: «Hubo un tiempo en que ella hacía todo esto para mí. ¡Imaginen su bondad!». Pero siempre regresaba a la ventana, sin dejar de comer dulces y frutas y tortas de almendra de la bolsa. Cuando sus amigos lo llevaban a cenar, se sentaba tranquilamente y comía enormes platos de toda clase de comida, tragándoselos con vino dulce. Después se echaba a llorar y hablaba de Isabel.

Sus amigos coincidieron en que se estaba poniendo bastante pesado. Isabel se había ido hacía casi seis meses y Rubén se negaba a tocar siquiera su decimonovena imagen, mucho más a iniciar la vigésima, así que el mural no iba a ninguna parte.

—Mira, mi querido amigo —le dijo Ramón, que dibujaba caricaturas y cabezas de muchachas guapas para las revistas—, hasta yo, que no soy un gran artista, sé que las mujeres pueden echar a perder el trabajo de un hombre. Déjame decirte que, cuando

Trinidad me abandonó, no serví para nada en una semana. No hacía nada a derechas, no era capaz de distinguir un color de otro y perdí por completo el dominio del matiz. Aquella tramposa sinvergüenza estuvo a punto de arruinarme, pero tú, amigo, ánimate y termina tu gran mural para el mundo, para el futuro, y recuerda a Isabel solo para agradecer a Dios que se haya ido.

Masticando almendras garrapiñadas, Rubén negó con la cabeza al hundirse en su sofá y gritó:

—El dolor que me oprime el corazón me matará. No hay otra mujer como ella.

De pronto, el cuello de la camisa se negó a cerrarse bajo su barbilla. Se aflojó tres agujeros el cinturón, y explicó:

—Me quedo quieto, no puedo moverme más. Mi energía se ha ido en penas.

Las capas de grasa se acumulaban insidiosamente sobre él, se deformó hasta convertirse en un desconocido hasta para sí mismo. Ramón, mostrando su nueva caricatura de Rubén a sus amigos, declaró: «Podría haberlo dibujado igual con un compás, lo juro. Los botones saltan de su camisa. Es decididamente peligroso».

Pese a todo, Rubén se quedaba allí, comiendo caprichosamente en soledad y, a partir de su tercera botella de vino dulce, llorando por Isabel noche tras noche.

Sus amigos discutieron el problema y concluyeron que la situación era cada vez más grave; había llegado el momento de que alguien le dijera cuál era la verdadera causa de su dolor. Pero cada uno deseaba que fuese otro el elegido para ello. Y se hizo evidente que no había nadie en el grupo, quizá en todo México, lo bastante impertinente para decírselo. Decidieron trasladar la responsabilidad a un médico de la escuela universitaria. En la cabeza de una persona así debía de combinarse una sensibilidad considerablemente refinada con el más alto grado de conocimiento técnico. Era una forma de actuar diplomática, prudente y delicada. Y así se hizo.

El médico encontró a Rubén sentado ante su caballete, frente a la decimonovena figura de Isabel a medio terminar. Lloraba y, entre sollozos, comía cucharadas de suave queso de Toluca con mangos picantes. Rebasaba por todas partes su taburete de pintor, como un montón de masa sobada. Fue él quien le habló al médico sobre Isabel.

—Le digo sinceramente, amigo mío, que ni siquiera yo pude reproducir en pintura las líneas bellas de su muslo y su empuje. Y, además, era un ángel de bondad.

Después dijo que el dolor de su corazón lo llevaría a la muerte. El médico se sintió profundamente afectado. Durante largo rato le ofreció consuelo sin atreverse a prescribir curas materiales a un hombre de tan fina sensibilidad.

—Solo tengo burdos y vulgares remedios —con un gracioso gesto pareció ofrecerlos entre pulgar e índice—, pero son todo lo que el mundo de la carne posee para contribuir a la curación del espíritu herido.

Los nombró uno tras otro. Era una lista detallada, pero no espectacular: dieta, aire puro, largos paseos, ejercicio enérgico y frecuente, preferiblemente en barra, duchas heladas, casi nada de vino.

Rubén parecía no oírlo. Su continuo y ausente murmullo fluía cálido a través de los solemnes y redondeados párrafos del médico: «Los dolores son casi insoportables durante la noche, cuando yazgo en mi cama solitaria, contemplo los cielos vacíos por mi estrecha ventana y me digo: “Pronto mi tumba será más estrecha que esa ventana y más oscura que ese firmamento”, y mi corazón da un vuelco. ¡Ah, Isabelita, mi verdugo!».

El médico se retiró de puntillas, respetuosamente, y lo dejó allí sentado, comiendo queso y contemplando con ojos húmedos la decimonovena figura de Isabel.

En su compañía, sus amigos se aburrían desesperadamente y lo dejaron cada vez más solo. Nadie lo vio durante algunas semanas, salvo el propietario de un pequeño café llamado Los Monitos, donde Rubén solía cenar con Isabel y donde ahora iba solo a comer.

Allí, una noche, repentinamente, Rubén se llevó las manos al corazón con violencia, se levantó de la silla y volcó el plato de tamales y salsa picante que había estado comiendo. El propietario del café corrió hacia él. Rubén susurró algo a toda prisa, hizo un gesto bastante espectacular con un brazo sobre la cabeza y, para decirlo con toda la delicadeza posible, murió.

Sus amigos corrieron al día siguiente a ver al propietario del café, quien les ofreció una versión muy dramática del lamentable episodio. Ramón todavía seguía reuniendo material para una biografía íntima del más eminente pintor de su país, que sería ilustrada con muchas caricaturas suyas. Ya estaba compuesta la dedicatoria a su «Amigo y maestro, inspirado e incomparable genio del arte del continente americano».

—Pero ¿qué te dijo —insistió Ramón— en el asombroso momento final? Es muy importante. Las últimas palabras de un gran artista tienen que ser muy elocuentes. ¡Repítelas con precisión, mi querido amigo! Dará mayor esplendor a la biografía, más aún, a la misma historia del arte, si son elocuentes.

El propietario asintió con el aire de un hombre que lo comprende todo.

—Lo sé, lo sé. Bien, quizá no me creas cuando te diga que sus ultimísimas palabras

fueron un mensaje verdaderamente sublime para ustedes, sus buenos y fieles amigos, y para el mundo. Caballeros, él dijo: «Diles que soy un mártir del amor. Perezco por una causa que bien vale el sacrificio. ¡Muero por mi corazón roto!», y luego dijo: «¡Isabelita, mi verdugo!», eso fue todo, caballeros —finalizó el propietario, sencillo y respetuoso. Bajó la cabeza. Todos bajaron la cabeza.

—Fue verdaderamente magnífico —dijo Ramón, tras el adecuado intervalo de duelo silencioso—. Te lo agradezco. Es un soberbio epitafio. Estoy muy agradecido.

—También era sumamente aficionado a mis tamales y mi salsa picante —añadió el propietario en tono modesto—. Fueron su último placer.

—Eso será mencionado cuando sea pertinente, no temas, amigo mío —dijo Ramón con la voz rota de generosa emoción—, y el nombre de tu café también. Cuando esta historia sea conocida se convertirá en un santuario para los artistas. Confía del todo en que preservaré para el futuro hasta los menores detalles de la vida y el carácter de ese gran genio. Cada episodio tiene sus propios detalles sagrados, su precioso y peculiar interés. Sí, en efecto, mencionaré los tamales.